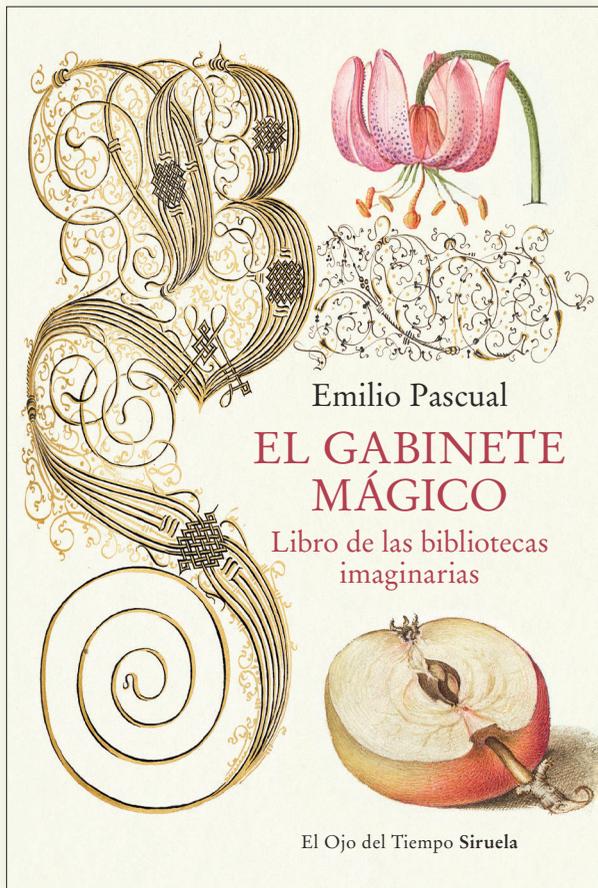


Emilio Pascual  
**EL GABINETE  
MÁGICO**  
Libro de las bibliotecas imaginarias



Este es un libro sobre bibliotecas que existen solo en los libros, que se mencionan en diálogos, en fragmentos fugaces o evocadores, en descripciones...

Emilio Pascual ha reunido docenas de estos paraísos imaginarios y entabla un diálogo con el lector, acompañándole a conocer las principales bibliotecas creadas por la imaginación, desde la Antigüedad a nuestros tiempos, consiguiendo una obra divulgativa que no es sino un homenaje al poder mágico de la literatura.

«Entro en este gabinete y me quedo estupefacto ante tanta maravilla, es un fascinante trabajo fuera de toda evaluación, algo verdaderamente extraordinario. Fastuoso».

LUIS MATEO DÍEZ

**Ediciones Siruela**

Un paseo por los libros que pueblan las narraciones que nos han hecho «vivir, morir, tal vez soñar...».

Más de setenta bibliotecas imaginarias que componen un recorrido particular por la historia de la literatura universal.

«Emerson dijo que una biblioteca es un *gabinete mágico* en el que hay muchos espíritus hechizados». En este libro de las bibliotecas imaginarias, que no puede estar acabado porque en rigor sería inacabable, se han recogido unas cuantas docenas que andaban dispersas por el largo y espacioso campo de las letras.

Desde que aquella vez entramos en la biblioteca de don Quijote para averiguar las razones de su locura, y nos vimos sorprendidos por libros que poco tenían que ver con los de caballería, que en teoría le habían vuelto el juicio —poesía, cancioneros, epopeyas, novelas pastoriles—, los libros y las bibliotecas han poblado las narraciones que nos han hecho vivir, morir, tal vez soñar... Ha habido libros que solo servían de adorno y otros que, como talismanes, acompañaron en vida y muerte a sus dueños; bibliotecas liberadoras, refugio de desdichados, y otras, en manos inclementes, perturbadoras del género humano; ha habido bibliotecarios fanáticos, pero también amparo de pobres y consuelo de afligidos... Hubo libros, hubo bibliotecas, noche primera. Las que parecían dignas de «felice recordación» por su hechizo, su rareza, su simpatía, su capricho o sencillamente su obviedad están en este libro.

Todas vienen a ser imaginarias, aunque los libros no lo sean (o no siempre). Son —podría haberlo escrito en su diario el protagonista de *La náusea*— «como héroes de novela: se han lavado del pecado de existir».

### EMILIO PASCUAL

(Tejares, Segovia, 1948) estudió Filología Hispánica en la Complutense de Madrid. Su vocación de profesor se vio permanentemente pospuesta por las aventuras editoriales en Anaya y en Cátedra. En 1999 obtuvo el Premio Lazarillo por *Días de Reyes Magos*, que se vio corroborado al año siguiente con el Nacional de Literatura Infantil y Juvenil. Una docena de libros, entre los que cabría recordar *El fantasma anidó bajo el alero*, *Apócrifos del Libro* y *El número de la Bella*, han dejado testimonio de su fervor por la lectura.



© Ángel Aguado

# Índice

## Preludio

La biblioteca de Alejandría

[A. M. Dean: *La biblioteca perdida*]

La biblioteca de la abadía sin nombre

[Umberto Eco: *El nombre de la rosa*]

La biblioteca de San Víctor

[François Rabelais: *Pantagruel*]

La biblioteca de don Quijote

[Cervantes: *Don Quijote de La Mancha*,

S. Rushdie: *Quijote*, J. López-Herrera: *Las aventuras del ingenioso detective Frank Stain*]

La biblioteca de Pepe Carvalho

[M. Vázquez Montalbán: *La serie de Pepe Carvalho*]

Posdata: *Pepe Carvalho tras las huellas de don Quijote*

La biblioteca de Salvo Montalbano

[Andrea Camilleri: *La serie de Montalbano*]

La biblioteca de los poderosos Montes de Oca

[Leonardo Padura: *La neblina del ayer*]

La biblioteca del abate Chapeloud

[Honoré de Balzac: *El cura de Tours*]

La biblioteca de don Cayetano Polentinos

[Pérez Galdós: *Doña Perfecta*]

La biblioteca (privada) de Sherlock Holmes

[A. Conan Doyle: *Todo Sherlock Holmes*]

La biblioteca de Ángela Carballino

[Miguel de Unamuno: *San Manuel Bueno, mártir*]

La biblioteca de Antolín Cabrales Pellejero

[Eduardo Mendoza: *El malentendido*]

La biblioteca del arcipreste Juan Higuea

[Eugenio Noel: *Las Siete Cucas*]

La biblioteca de los Asesinos

[Amin Maalouf: *Samarcanda*]

La biblioteca de Gabriel Betteredge

[Wilkie Collins: *La piedra lunar*]

La biblioteca de Robinson Crusoe

[Daniel Defoe: *Robinson Crusoe*]

La biblioteca ideal de Emilio

[J. J. Rousseau: *Emilio*]

La biblioteca del Maniobrador de Grúas

[Manuel Rivas: *Los libros arden mal*]

La biblioteca del *Nautilus*

[Verne: *20 000 leguas de viaje submarino*]

Una biblioteca en un morral de cuero

[André Brink: *Al contrario*]

Otra biblioteca en una maleta de piel gastada

[Dai Sijie: *Balzac y la joven costurera china*]

Y otra más en un baúl mundo

[Alfredo Bryce Echenique: *La vida exagerada de Martín Romaña*]

La biblioteca de Bastián

[Michael Ende: *La historia interminable*]

La biblioteca de Matilda

[Roald Dahl: *Matilda*]

La biblioteca de Kolia Krasotkin

[F. M. Dostoievski: *Los hermanos Karamázov*]

La Biblioteca de Mr. Todd

[Evelyn Waugh: *Un puñado de polvo*]

La biblioteca de Bolívar Proaño  
[Luis Sepúlveda: *Un viejo que leía novelas de amor*]

La biblioteca de Monseñor Boccamazza  
[Pirandello: *El difunto Matías Pascal*]

La biblioteca de Germain Chazes  
[Marie-Sabine Roger: *Tardes con Margueritte*]

La biblioteca de David Copperfield  
[Charles Dickens: *David Copperfield*]

La biblioteca de Máximo Bru Mansilla  
[Manuel Longares: *El oído absoluto*]

La biblioteca de Manuel  
[A. Muñoz Molina: *Beatus Ille*]

La biblioteca de Augurio Hipocampo  
[Cristóbal Serra: *Augurio Hipocampo*]

La biblioteca de Sylvestre Bonnard  
[Anatole France: *El crimen de Sylvestre Bonnard*]

La biblioteca de Bouvard y Pécuchet  
[Gustave Flaubert: *Bouvard y Pécuchet*]

La biblioteca del senador Pococurante  
[Voltaire: *Cándido o el optimismo*]

La biblioteca de Cándido Munafò  
[Leonardo Sciascia: *Cándido, o Un sueño siciliano*]

La biblioteca de Cincunegui  
[Pío Baroja: *Los pilotos de altura*]

La biblioteca de Bouville  
[Jean-Paul Sartre: *La náusea*]

La biblioteca de Carlos Brauer  
[Carlos María Domínguez: *La casa de papel*]

La biblioteca del coronel Bantry  
[Agatha Christie: *Un cadáver en la biblioteca*]

La biblioteca de Emma Bovary  
[G. Flaubert: *Madame Bovary*]

La biblioteca del coronel Koshkariov  
[Nicolái Gógol: *Almas muertas*]

La biblioteca de Cristóbal V  
[Anatole France: *La camisa*]

La biblioteca de Benjamín, llamado también  
Benjaminito  
[Henry Fielding: *Tom Jones*]

La biblioteca de don Avelino  
[Pío Baroja: *Aventuras, inventos  
y mixtificaciones de Silvestre Paradox*]

La biblioteca Esparviana  
[Anatole France: *La rebelión de los ángeles*]

La biblioteca de don Eufrasio Macrocefalo  
[Clarín: *La mosca sabia*]

La biblioteca de Javier  
[Ismaíl Kadaré: *Crónica de piedra*]

La biblioteca de Francie Nolan  
[Betty Smith: *Un árbol crece en Brooklyn*]

La biblioteca de Fray Vicents  
[Ramón Miquel i Planas: *El librero asesino de Barcelona*;  
Gustave Flaubert: *Bibliomanía*; Charles Nodier: *El  
bibliómano*]

La biblioteca de Hermosilla  
[F. G. Orejas: *El asesinato de Clarín y otras ficciones*]

La biblioteca de Hañt'a  
[Bohumil Hrabal: *Una soledad demasiado ruidosa*]

La biblioteca de Humboldt  
[Saul Bellow: *El legado de Humboldt*]

La biblioteca de los Finzi-Contini  
[Giorgio Bassani: *El jardín de los Finzi-Contini*]

La biblioteca imperial de Kakania  
[Robert Musil: *El hombre sin atributos*]

La biblioteca del laberinto  
[Pío Baroja: *El laberinto de las sirenas*]

- La biblioteca de Mr. Shandy  
[Laurence Sterne: *Tristram Shandy*]
- La biblioteca de John Cromartie  
[David Garnett: *Un hombre en el zoo*]
- La biblioteca de Nino Pérez Ríos  
[Almudena Grandes: *El lector de Julio Verne*]
- La biblioteca de Oswald  
[Roald Dahl: *Mi tío Oswald*]
- Las bibliotecas de la bella Hortensia  
[Jacques Roubaud: trilogía de *La bella Hortensia*]
- La biblioteca de Pedro Sánchez  
[José María de Pereda: *Pedro Sánchez*]
- La biblioteca de Peter Kien  
[Elias Canetti: *Auto de fe*]
- La Biblioteca Real del regente  
Felipe de Orleans  
[Dumas: *El caballero de Harmental*]
- La biblioteca de la Villa San Girolamo  
[Michael Ondaatje: *El paciente inglés*]
- La biblioteca de Suecia  
[Danilo Kiš: *La Enciclopedia de los muertos*]
- La biblioteca de la abadía de Vectis  
[Glenn Cooper: *La biblioteca de los muertos*]
- La biblioteca tangerina del bulevar  
[Juan Goytisolo: *Don Julián*]
- La biblioteca de Tom Sawyer  
[Mark Twain: el ciclo de *Tom Sawyer* y *Huck Finn*]
- La biblioteca de Valentinito Torquemada,  
o de prodigios y superdotados  
[Pérez Galdós: *Torquemada en la hoguera*]
- La biblioteca del Dr. Zerlendi  
[Mircea Eliade: *El secreto del doctor Honigberger*]
- La biblioteca del cementerio de los libros  
olvidados  
[C. Ruiz Zafón: tetralogía de *El cementerio de los libros olvidados*; María Zaragoza: *La biblioteca de fuego*]
- La biblioteca de Babel  
[J. L. Borges: *Ficciones*]
- La biblioteca celestial  
[Fred Schepisi: *El genio del amor*]
- Coda
- Bibliografía
- Un apéndice perteneciente  
*Elogio de la biblioteca escolar*
- Agradecimientos
- Índice onomástico

# La biblioteca de Alejandría

[A. M. DEAN: *La biblioteca perdida*]

Una de las más acreditadas de la historia, la biblioteca de Alejandría, todavía permanece envuelta en una incierta neblina, igual que Castroforte del Baralla. Debió de ser un símbolo del universo, y ya prefiguraba la biblioteca de Babel. Quizá lo contuvo todo, siquiera *in nuce*. William Golding ha conservado un diálogo entre el científico alejandrino Fanocles y el emperador romano. Por él sabemos que su padre, el bibliotecario Mirón de Alejandría, comenzó un diccionario, ignoramos si con pretensiones de total. Medio siglo anduvo componiendo datos y figuras. «Llegó a la F, pero fue demasiado para él», confesó resignado Fanocles, cuya vida había transcurrido entre el arrebató y el asombro<sup>1</sup>. Claro que la vida, habría dicho el emperador entre la resignación y el desencanto, «no está organizada para hacer felices a los hombres».

Parece que la de Alejandría fue una biblioteca abonada al fuego. Y sin embargo, según el autor de *La guerra de Alejandría*, la ciudad había sido construida de piedra y de mármol y sin madera, a prueba de incendios: *incendio fere tuta esse Alexandria*. Pero ya en tiempos de César sufrió el primero, que tal vez se llevó aquel valioso ejemplar de Homero, corregido por el propio Aristóteles, que había pertenecido a Alejandro y se guardaba en un precioso cofre de Persépolis. Cuenta Plutarco que, al ver que «los enemigos pretendían aislar a César de su propia flota, este se vio obligado a prenderle fuego para evitar que cayera en poder de ellos; el fuego se propagó desde el puerto a los graneros y de allí a la gran biblioteca» (*César*, 49,3). El autor de *La guerra de Alejandría*, el propio César en su *De bello civili*, Cicerón, Lucano, Estrabón, Apiano silencian el incendio de la biblioteca. Solo Séneca acota que ardieron cuarenta mil libros: *Quadráginta milia librorum Alexandriae arserunt* (*De tranq.* 9, 5) y agrega una noticia perdida de Tito Livio: se decía que no hubo edificio más bello por su magnificencia y esplendor.

Borges vio a Buenos Aires «crecer y declinar». La biblioteca de Alejandría creció y declinó, como los humanos, los imperios y las estrellas<sup>2</sup>. Imaginaria es la leyenda de su destrucción por el general Amrú. Cuenta la leyenda que, cuando Alejandría, la «perla del Mediterráneo», fue conquistada por sus tropas, el gramático Juan (u obispo Yahya, según Alí ibn al-Kiftí) pidió al general que le cediera los libros. Amrú trasladó la pe-

<sup>1</sup> Respecto al contenido de la Biblioteca, Fanocles añadió con cierta vaguedad: «En nuestra Biblioteca de Alejandría hay más libros de los que podría leer un hombre en siete vidas».

<sup>2</sup> Y otras bibliotecas. «En el siglo III —anota Catherine Nixey, 163—, había en Roma veintiocho bibliotecas públicas y muchas privadas. A finales del IV, como observó con pena el historiador Amiano Marcelino, las bibliotecas, “a manera de sepulcros, permanecen siempre cerradas”». [Marc. 6, 18: *bybliothecis sepulcrorum ritu in perpetuum clausis*].

tición al califa Omar, su natural señor, el cual pronunció entonces la lapidaria o, por mejor decir, incendiaria frase: «Si dicen lo que el Corán, no son necesarios; si dicen lo contrario, deben ser exterminados».

Todo el mundo conoce la *vera* o *ben trovata* frase del prodigioso Omar, y ya no es causa de admiración. Lo admirable es que el articulista de esa novela de novelas que es la *Enciclopedia universal ilustrada Europeo Americana* (8, 657) asegura que los datos proceden del libro VI de la *Historia* de Paulo Orosio. ¿Y cómo podría no serlo, si tenemos en cuenta que la *Historia* de Orosio solo llega hasta el año 417 (entre otras cosas porque el propio autor murió poco después), y que la toma de Alejandría ocurrió en septiembre del 642? Prerrogativas de la literatura<sup>3</sup>.

Durante seis meses —prosigue el imaginativo cronista— los libros de la biblioteca sirvieron para calentar los 4000 baños de Alejandría. Acaso por razones de correspondencia, cuando el príncipe Hulagu, nieto de Gengis-Jan, invadió Bagdad al frente de sus mogoles (1258), mandó arrojar la biblioteca al Tigris. Del número de sus volúmenes da idea el hecho de que formaron un dique por el que se podía cruzar a pie o a caballo<sup>4</sup>.

Su magnitud, siempre abonada a la hipérbole, ha sido exaltada en el poema «Alejandría 641 A. D.» de Borges, del que es oportuno invocar estos versos:

Desde el primer Adán que vio la noche  
y el día y la figura de su mano,  
fabularon los hombres y fijaron  
en piedra o en metal o en pergamino  
cuanto ciñe la tierra o plasma el sueño.  
Aquí está su labor: la Biblioteca.  
Dicen que los volúmenes que abarca  
dejan atrás la cifra de los astros  
o de la arena del desierto...

Ni Aulo Gelio se atrevió a tal cifra. Las estrellas no admiran solo por su número, sino por agruparse en constelaciones caprichosas. Los poetas alejandrinos idearon la *tecnopegnia* o técnica de los *carmina figurata*, para representar de forma gráfica el poema. Borges, pensara o no en los caligramas de Apollinaire, recordó «las estrofas en forma

<sup>3</sup> Esta habilidad no ha sido privativa de la Espasa. En su discurso de recepción en la Academia Francesa, Scribe se preguntaba retóricamente: «¿No nos instruye la comedia de Molière sobre los grandes acontecimientos del siglo de Luis XIV? ¿No nos dice alguna palabra de los errores, las debilidades o las faltas del gran rey? ¿No nos habla de la revocación del Edicto de Nantes?». Flaubert se apresuró a anotar: «Revocación del Edicto de Nantes: 1685. Muerte de Molière: 1673».

<sup>4</sup> Es característica propia de tiranos y señores de la guerra. Del chino Shi Huangdi, el Primer Emperador, ha dicho Neil Faulkner que «intentó destruir los soportes intelectuales de la disidencia, ordenando que se quemaran todos los libros. Los eruditos que habían ocultado libros fueron decapitados o condenados a trabajar hasta la muerte en la Gran Muralla» (*De los neandertales a los liberales*, 65).

de paloma / de los bibliotecarios de Alejandría». Quizá por redundantes en el verso, omitió otras figuras como el huevo, el ala, el hacha, la siringa, el laberinto.

Pero está escrito que todo acaba, que todo muere, que todo es vano. Y del mismo modo que la vida de don Quijote no tuvo «privilegio del cielo para detener el curso de la suya», tampoco la de Alejandría lo tuvo.

Sin duda, lo ocurrido con la biblioteca de Alejandría —resume Enis Batur— fue el mayor golpe sufrido por la memoria de la humanidad: es de sobra conocido que allí desaparecieron muchas obras absolutamente irremplazables. Con todo, ese gran desastre no debe hacernos olvidar otros. Las fuentes señalan que antes, en el año 747 a. C., el rey de Babilonia hizo destruir todos los libros que no trataran de él y su familia. Borges, el bibliotecario ciego, ve en la oscuridad: en el 213 a. C., Chi-Huang-Ti ordenó arrojar a los ríos todos los libros que existían dentro de los límites del imperio, exceptuando los de medicina y arqueología. En el año 54, san Pablo hirió con una violencia ciega la biblioteca de Éfeso, y con una enorme severidad: eliminó todos los libros que se referían a las religiones orientales y al paganismo. Aquí [en Turquía] se convirtieron en cenizas ciento veinte mil manuscritos en el incendio de Bizancio del año 476. En el 640, los árabes destruyeron los manuscritos persas, y entre los siglos XI y XIII, los mongoles otros varios millones en El Cairo y Bagdad (Batur, 20-21).

Realidad, mito o metáfora, su capacidad sin parangón fue puesta en cuestión por Baudolino de Galiardo, al compararla con la de la abadía de San Víctor. Baudolino, que tuvo acceso a la biblioteca *infinita* de San Víctor, la consideraba «uno de los santuarios de la sabiduría de aquella ciudad (y quizá de todo el mundo cristiano)» y se atrevió a ponderarla como «una biblioteca más rica que la de Alejandría»<sup>5</sup>. Con todo, tampoco el testimonio de Baudolino es concluyente, porque, aunque era «capaz de retener de memoria todo lo que oía» y veía —había llegado a reconstruir de memoria unos mapas hallados en la biblioteca—, tampoco eran menores sus dotes naturales para la invención, y ya el obispo Otón, de la gran familia de los Babenberg, «se había dado cuenta de que Baudolino no solo proclamaba a grandes voces lo que había aprendido

<sup>5</sup> En «aquel repositorio del saber universal» pasó Baudolino «largas mañanas, robadas a las clases, rumiando con labios entreabiertos sobre textos fabulosos, no los manuales de gramática, sino las historias de Plinio, la novela de Alejandro, la geografía de Solino y las etimologías de Isidoro. [...]. Leía de tierras lejanas donde viven los cocodrilos, grandes serpientes acuáticas que después de haberse comido a los hombres lloran, mueven la mandíbula superior y no tienen lengua; los hipopótamos, mitad hombres y mitad caballos; la bestia leucrocota, con el cuerpo de burro, el cuarto trasero de ciervo, pecho y muslos de león, pezuñas de caballo, un cuerno ahorquillado, una boca cortada hasta las orejas de donde sale una voz casi humana y en lugar de los dientes un hueso continuo. Leía de países donde vivían hombres sin articulaciones en las rodillas, hombres sin lengua, hombres con las orejas grandísimas con las cuales protegían sus cuerpos del frío, y los esciápodos, que corrían velocísimos sobre un solo pie».

sino también lo que se había inventado». También Pantagruel la visitó en su viaje a París, y nos dejó un catálogo de casi centenar y medio de títulos raros, «de los cuales unos ya están impresos y otros están en prensa en la noble ciudad de Tubinga».

Y es que Alejandría ya es más que una biblioteca: es una metáfora. «Hay un misterioso placer en la destrucción», comprobaría Alejandro Ferri viendo cómo ardían las montañas de libros que no llegaron a constituir la Biblioteca del Congreso; José Fernández Irala, «el inmerecidamente olvidado poeta de *Los mármoles*», añadió tras aquella noche de ceniza: «Cada tantos siglos hay que quemar la Biblioteca de Alejandría». Por lo demás, ya Lichtenberg había advertido en uno de sus aforismos que «dar el último toque a una obra es quemarla»<sup>6</sup>. Borges lamentaba «los arduos manuscritos / que perecieron en Alejandría» (*Poema de los dones*). Pero quién sabe. Como insinúa el incisivo subbibliotecario de la *Biblioteca de los libros perdidos*, «es perfectamente concebible que el trato desconsiderado que se da a ciertos manuscritos haya ocasionado más daños que el incendio de la biblioteca de Alejandría». Y eso lo dice el «custodio del silencio», que, si imperfecto, es «perfectamente capaz de distinguir una biblioteca de un establo y un libro de una horquilla de estercolero», cosa que algunos profesionales de la política parecen ignorar.

\* \* \*

Es poco probable que la doctora Emily Wess, pese a ser profesora de Historia en el Carleton College de Minnesota, tuviera la menor noticia de Castroforte del Baralla, la ensimismada ciudad de piedra pómez que levitaba, «en esos momentos del alba y del atardecer en que se encuentran las nieblas de los ríos», por lo que tal vez no figuraba en los mapas. Aun así, la propia doctora había llegado a la conclusión de que la desaparición de la biblioteca de Alejandría era uno de los mayores misterios de la antigüedad. Como si se hubiera desvanecido donde da la vuelta el aire. Pero tras el asesinato de Arno Holmstrand —licenciado en Filosofía y Letras, doctor en Filosofía y oficial de la Orden del Imperio Británico—, tres cartas en clave del difunto profesor de su misma universi-

<sup>6</sup> Lichtenberg, p. 172. En alguno de esos incendios desaparecieron dos libros que ocasionaron el desasosiego de la curiosidad erudita. En julio de 1973 Álvaro Cunqueiro dio una conferencia en Vigo sobre «Las cruces de Bretaña». No es imposible que empezara diciendo aquello de «Bretaña es una tierra muy peñascosa por el lado del mar, pero se abre en amplias planicies, valles estrechos y alegres oteros, por donde se une a Francia», antes de citar dos libros inventados como autoridades de su ponencia. El azar —que, de creer a Tusitala, «rige el destino de los gansos y de los asnos humanos»— ordenó que un profesor alemán, que se había pasado media vida trabajando sobre las cruces bretonas, le rogara que fuera más explícito sobre tales libros, pues a él le resultaban desconocidos. Cunqueiro, con mucho donaire y desenvoltura, respondió: «Yo he leído esos libros. Por desgracia, perecieron en el incendio de la Biblioteca de Alejandría». Y pudo concluir con firme aplomo: «Finalmente, yo digo de Bretaña aquello que Tertuliano cristiano decía de Séneca: *Saepe noster*... Y no sería la primera vez que el sueño del poeta hace la isla».

dad la condujeron a la búsqueda de la perdida biblioteca de Alejandría, que dejaba de ser una incierta metáfora para convertirse en un peligroso Grial, objeto de la codicia de poderes contrapuestos. Fuera cual fuese la causa del éxodo (y del llanto), una cosa era cierta: «La Biblioteca de Alejandría había abandonado la ciudad de origen. Los eruditos habían pensado que se había perdido o que la habían destruido. Ahora ella sabía la verdad: la habían trasladado a escondidas y la habían ocultado».

Hasta que el doctor Athanasius Antoun, otro de esos bibliotecarios invisibles que custodiaban desde la sombra el viejo legado, le dijo: «La biblioteca que está buscando no está perdida. Solo está escondida. [...] Durante quince siglos nuestro papel ha sido el mismo: mantener el archivo del antiguo conocimiento de la biblioteca y actualizarlo sin cesar con nuevo material».

Durante más de veinticinco años Athanasius Antoun había sido bibliotecario de la secreta Sociedad de los Bibliotecarios de Alejandría. En algún momento —le explicó a la doctora Wess— la Biblioteca pasó a la clandestinidad y se formó el Consejo protector y conservador. La primera referencia al Consejo —tal fue su nombre inicial e iniciático— es del año 772. Desde entonces, «la Sociedad existe para cerciorarse de que la biblioteca continúe siendo lo que siempre ha sido: la más completa colección de conocimientos de historia con el propósito de completar los hechos de los hombres. [...] La biblioteca siempre ha sido una institución al servicio del bien. Nos esforzamos por tomar decisiones morales que beneficien a la humanidad». No así los perseguidores del conocimiento, que no buscan alcanzarlo para *saber* más, sino para *poder* más. Uno de ellos esperaba «tener a su disposición el conocimiento y el saber de la Antigüedad y del mundo moderno» y con ellos «el control del mayor poder ejecutivo en la historia de la humanidad».

Emily Wess recorrió el mundo en busca del lugar secreto de la gran biblioteca clandestina, hostigada de cerca y amenazada por quienes solo ambicionaban control y no sabiduría. En paralelo, el quincuagésimo Secretario desde el advenimiento del Consejo creyó haber encontrado el vellocino de oro en Oxford bajo el epígrafe *Repositum Bibliothecae Alexandrinae*. Pensaba ser el primero que iba a ver lo que muchos ansiaron ver y nunca vieron. Abrió y vio:

Ante sus ojos, debajo del suelo de la antigua ciudad, se extendía hasta donde alcanzaba la vista una hilera tras otra de estanterías de madera primorosamente labradas y ordenadas con sumo cuidado. Todas iban del suelo al techo. Entre ellas había largas mesas y armarios dedicados al archivo. El lugar era de una belleza abrumadora y unas dimensiones colosales. Había espacio para albergar cientos de miles de libros, millones incluso.

... *Pero todas estaban vacías.*

Athanasius Antoun sabía que no había ciudad en el mundo que pudiera albergar todas las estanterías de madera, armarios, archivadores necesarios para contener todo el saber acumulado durante siglos. Por eso, la nueva biblioteca de Alejandría «ya no tenía —ni necesitaba, al margen de que la doctora Wess fuera designada su flamante

Custodio— bóveda ni cámara alguna»: la biblioteca, que nunca había estado perdida y siempre creciendo, había ido avanzado con la historia; es más, a veces había conducido —¿orientado?— la propia historia, «y había dado el salto a lo digital, al mundo de las redes, el CD y la aventura espacial».

¿Estaba abonada al fuego —o a la supervivencia—, quizá por contener todos los misterios? Jeremiah Dixon sospechaba que «Emerson enseñaba cosas que no conocía nadie más en Inglaterra, técnicas secretas del arte mecánico, rescatadas de la biblioteca de Alejandría hacia el 390 de nuestra era, antes de que los cristianos alborotados lo destruyeron todo, y han sido desde entonces celosamente custodiadas y transmitidas con solemnidad a lo largo de los siglos de maestro a discípulo».

Fue la primera biblioteca de su especie —refiere Irene Vallejo— y la que más cerca estuvo de poseer todos los libros entonces existentes. [...] ¿Cuántos serían por aquel entonces todos los libros del mundo? Es difícil creer a los autores antiguos, porque las cifras varían escandalosamente de unos a otros, igual que los cálculos de las manifestaciones en nuestra época cuando hace las cuentas el Gobierno y después contraatacan los organizadores. Repasemos rápidamente los números precisos del desacuerdo. Sobre la Gran Biblioteca, Epifanio menciona la cifra sorprendentemente exacta de cincuenta y cuatro mil ochocientos rollos; Aristeas, doscientos mil; Tzetzes, cuatrocientos noventa mil; Aulo Gelio y Amiano Marcelino, setecientos mil.

Una biblioteca universal. Pero ya en 1904 Kurd Lasswitz había calculado con precisión matemática que la biblioteca universal contendría un número de libros equivalente a  $10^{2000000}$ , es decir, «un uno seguido de dos millones de ceros», o, para ser más intuitivos, «la cifra impresa tendría cuatro kilómetros de larga». Calculando una media de 2 cm de lomo por volumen y, bien empaquetaditos, mil volúmenes por metro cúbico, el resultado es que «haría falta para contenerla todo el universo hasta las últimas nebulosas lejanas que resultan visibles»<sup>7</sup>. También Athanasius Antoun sabía que no hay lugar en el mundo capaz de archivar todo el saber acumulado durante siglos. Por eso, la nueva biblioteca de Alejandría era otra especie de metáfora: aquella que Alfonso Reyes había formulado como «entre *todos* lo sabemos *todo*».

<sup>7</sup> Y no solo eso, prosiguió el profesor Wallhausen de su historia: «Ya sabéis que la velocidad de la luz es de 300 000 kilómetros por segundo, lo cual significa aproximadamente 10 billones de kilómetros en un año, y eso equivale a un trillón de centímetros. Si nuestro bibliotecario corriese a la velocidad de la luz a lo largo de la fila de volúmenes, necesitaría dos años para atravesar el espacio de un trillón de volúmenes. Y para recorrer toda la biblioteca, haría falta el doble de años que trillones de volúmenes hay en ella. Eso significaría, como ya se ha dicho, un uno con 1 992 982 ceros. Lo cual me gustaría resumirlo de la manera siguiente: no se puede concebir ni el número de años que necesita la luz para recorrer la biblioteca, ni el número de los volúmenes. Y eso demuestra muy a las claras que se trata de un esfuerzo vano imaginarse esta cifra aunque sea *finita*» (Kurd Lasswitz, *La biblioteca universal*).

La nueva biblioteca de Alejandría es un moderno edificio vanguardista de piedra y vidrio. Pero ahora ni siquiera necesita albergues de cristal y piedra, porque «la biblioteca de Alejandría está en todas partes». Como la carta robada, estaba tan a la vista que no la veíamos. Pero tampoco vimos, ni quizá veamos, que los poderes ocultos que pretendían controlarla y parecían haber perdido la partida solo habían cambiado de nombre y residencia.

Tampoco sabemos si esto es ficción o sueño. En todo caso, siempre nos quedará París, quiero decir, aquella Alejandría que Irene Vallejo ha resumido en una línea: «la ciudad de los placeres y de los libros; la capital del sexo y la palabra».

# La biblioteca de Matilda

[ROALD DAHL: Matilda]

Matilda Wormwood tuvo la suerte —o quizá no— de nacer en una familia adinerada; Matilda Wormwood tuvo la desgracia —o quizá no— de nacer en una familia estúpida y tramposa. El negocio de su padre consistía en estafar a los clientes desprevenidos, revendiendo coches de segunda mano «de pacotilla» convenientemente amañados; la ocupación de su madre, en jugar al bingo. Habilidad y perspicacia que no les bastó para advertir la precocidad increíble de su hija.

Con año y medio, Matilda hablaba perfectamente, y su vocabulario era igual al de la mayor parte de los adultos y superior al de muchos. A los tres había aprendido a leer sola en los periódicos y en las revistas del tipo *Autocar* y *Motor* que rondaban por su casa. A los cuatro leía de corrido. De forma natural, empezó a desear una biblioteca. Pero «en aquel ilustrado hogar», donde no faltaba un «precioso» televisor del último modelo, «él único libro que había era uno titulado *Cocina fácil*, que pertenecía a su madre». Cuando Matilda comprendió que por ahí tenía la vía cegada, se dirigió a la biblioteca pública del pueblo<sup>1</sup>.

En dos semanas se leyó todos los libros infantiles. No todos le parecieron «bonitos», e incluso algunos los encontró decididamente malos. El que más le gustó fue *El jardín secreto*: era «un libro lleno de misterio. El misterio de la habitación tras la puerta cerrada y el misterio del jardín tras el alto muro». Matilda pidió un libro «bueno de verdad», uno «de los que leen los mayores».

La bibliotecaria, entre asombrada y vengativa, puso en sus manos *Grandes esperanzas*, no sin cierta sensación de culpabilidad. Una semana después, Matilda, fascinada por Dickens, preguntó a la bibliotecaria si aquel autor no había escrito más libros. Durante los seis meses siguientes leyó *Nicholas Nickleby* y *Oliver Twist*; *Jane Eyre*, *Orgullo y prejuicio*, *Tess*, *la de los d'Urberville* y *Kim*; el *Viaje a la Tierra*, de Mary Webb, y *Alegres compañeros*, de Priestley; *El hombre invisible*; *El viejo y el mar*, *El ruido y la furia* y *Las uvas de la ira*; *Brighton parque de atracciones*, de Graham Greene, y *Rebelión en la granja*, de Orwell. Cuando descubrió que el servicio de préstamo le permitía trasladar en pequeñas dosis la biblioteca pública a su

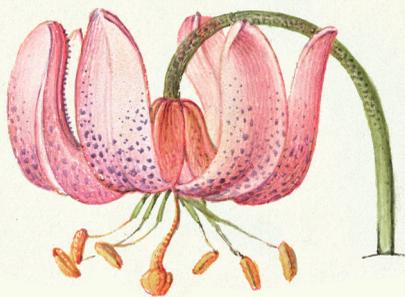
<sup>1</sup> Tanto Matilda como Francie Nolan debieron parte de su ser a la biblioteca pública. En cambio, el jefe de estudios del internado de Barnes, sito en la Conurbe londinense, «en un terreno cercado por un meandro del Támesis», no estimaba las bibliotecas públicas. Tras tocar uno de aquellos libros con repugnancia dijo: «Libros de la Biblioteca. Objetos que han pasado de mano sucia en mano sucia. Cosas mugrientas e insalubres. Nidos de gérmenes». Quizá nuestros gobernantes, que siempre se han desvelado por nuestra salud, estiman más salubre cerrar o dejar morir de inanición las bibliotecas.

casa, convirtió su dormitorio en sala de lectura. «Navegó en tiempos pasados con Joseph Conrad. Fue a África con Ernest Hemingway y a la India con Rudyard Kipling. Viajó por todo el mundo, sin moverse de su pequeña habitación de aquel pueblecito inglés».

A los cinco años y medio fue a la escuela. Para entonces ya había leído a Tolkien, casi todo Dickens, *Just so stories*<sup>2</sup>, de Kipling, *El pony rojo*, de Steinbeck —que tuvo que reponer de su bolsillo, porque su padre, en un arrebató de furor, lo redujo a papelote—, y *El león, la bruja y el armario*, de C. S. Lewis, escritor este que le parecía «muy bueno», aunque adolecía de un grave defecto: su falta de comicidad. Sabía hacer quintillas y multiplicaba como una calculadora, cosa nada sorprendente si se tiene en cuenta el razonamiento de Matilda: ¿por qué no va a hacer las cosas el cerebro humano «mucho mejor que un trozo de metal»?

Su maestra, la adorable señorita Honey, que advirtió en seguida el talento, la «inteligencia asombrosa» de la niña, le proporcionó libros «de álgebra, geometría, francés, literatura inglesa y otras cosas». En ausencia de otra ocupación intelectual para su portentoso cerebro, Matilda logró restaurar un poquito de justicia en un rincón de nuestra desordenada tierra. El resto pertenece, pues, al mundo mágico de los cuentos o al misterio de la realidad intransitable. Solo puedo añadir que me hubiera gustado tener una maestra como la dulce señorita Miel.

<sup>2</sup> La traducción de este título ha sido un calvario para los traductores españoles. Desde *Precisamente así* hasta *Historias, ni más ni menos*, existen curiosas variedades. Quedémonos con el *Solo cuentos* que Jorge Ferrer-Vidal, por sugerencia de Medardo Fraile, adoptó para su traducción, la más sencilla y por ello la más inteligente.



## Se ha dicho de *El gabinete mágico*:

«*El gabinete mágico* mezcla con sabiduría la mucha erudición de su autor con la imaginación proyectada sobre las bibliotecas analizadas. [...] Se encuentran bibliotecas de todo tipo y condición, cuya descripción aparece en obras también muy variadas en el tiempo, en la autoría, en los géneros y en los estilos. Emilio Pascual ha explorado con fruición tanto el canon como la heterodoxia, la literatura más culta y la más popular, recreando un mundo autorreferencial en el que un libro habla de las bibliotecas, de las colecciones de libros en los libros, un mundo al cubo, en el que, como ocurre en las magnitudes de la física, diseña una dimensión volumétrica cuya condición encierra la paradoja enciclopédica, libro de libros, pero libro entre los libros».

«Cada biblioteca analizada constituye un pequeño ensayo, un tratado, sobre los personajes que la reúnen, los criterios para hacerlo, su historia y los volúmenes que se encuentran en ella. [...] Escrito con el estilo elegante y pulcro que caracteriza a un latinista como Emilio Pascual, las frases están construidas con la precisión del orfebre y los adjetivos con la sensibilidad del poeta, todo ello aderezado de un profundo sentido del humor. La obra, además, admite una doble lectura, la del texto principal y la de los paratextos del pie de página, elaboración secundaria que podría ser objeto de comentario independiente».

Fragmento del libro de José Antonio Cordón García y María Muñoz Rico:  
*Los poderes de la lectura: geografías del libro, el lector y la edición en el ensayo y la literatura*, Madrid: Marcial Pons, que se publicará en 2023

Si necesitas más información, puedes contactar con:

Elena Palacios

[epalacios@siruela.com](mailto:epalacios@siruela.com)

Tel.: 91 355 57 20